

## Contradicciones vitales

Las contradicciones existenciales son parte fundamental de nuestras vidas. Aprender a encausarlas con cierta dignidad es un aprendizaje no menor. La principal contradicción con la que recorrí parte importante de mi existencia, la asumí desde temprana edad, y tiene que ver con ese juego permanente que cada día enarbolaban mis padres frente a cualquier hecho cotidiano.

Mi madre demostraba una habilidad impresionante para descubrir la parte densa y complicada de cualquier situación, asumiéndola con su inquebrantable sentido del deber. En cambio, mi padre de inmediato detectaba la dimensión luminosa, y juguetona, postergando cualquier acción resolutiva hasta nuevo aviso y más allá.

Para mi papá, la vieja casona de adobe del novecientos en que viví toda mi infancia y juventud era un palacete inmejorable. Adoraba el gigantesco patio, donde se mezclaban, el frondoso parrón, con los más diversos árboles frutales y un destartalado gallinero que el mismo construyó. Para mi madre este era un caserón de piezas gigantes, imposibles de calentar en invierno y lleno de polvo en verano, que nunca se terminaba de desmoronar y reparar. Para ella, esta casa representaba otra de las “fantasías” de mi padre, de su manía por seguir pegado al campo.

Ambas actitudes, según mis referencias genealógicas, provenían de las correspondientes historias de vida de mis progenitores. En el caso de mi madre, como ella contaba con una curiosa nostalgia, el haber estado desde primero básico

en una escuela de monjas españolas, donde de manera muy eficiente le enseñaron que la vida era un calvario y que no quedaba otra que sufrir, ojalá mucho, para ganarse una de las escasas vacantes para entrar al cielo.

En el caso de mi padre su máxima de vida era muy clara y se resumía en que los seres humanos se dividen en dos tipos, “los que se la pueden y le echan para adelante y los que no se la pueden y hasta ahí no más llegaron”. Y lo más importante, los que se la pueden, siempre salen vivos a como dé lugar y por lo tanto, hay que celebrar hasta que las velas no ardan.

Por consiguiente, desde muy niño no me quedó otra que aprender a conjugar ambas posturas vitales, para que ninguno de mis progenitores se sintiera ofendido o defraudado. Por ejemplo, una de mis aficiones preferidas como a los ocho años, consistía en subirme a los techos y explorar los tejados en busca de esqueletos de pájaros, pelotas, volantines, paraguas y un sinfín de cosas que lograba atesorar en cada excursión por las techumbres de mis vecinos. Para mi madre ese jueguito era un verdadero suicidio y le decía a mi padre:

- Dile a ese niño que la corte. Saca la huasca hombre. Un día de estos se va a matar y Dios nunca nos va a perdonar-.

Mi padre con su voz más sería me decía:

-Ya pos hombre hazle caso a tú madre.

y después agregaba:

-Pisa solo en las vigas, porque si no te vas a ir guarda abajo y ahí sonaste, y no tememos plata para médicos, ni hospitales, y ninguna de esas tonteras.

Una infausta tarde, en que no sé por qué motivo no fui al colegio, di un paso en falso y caí del techo de unas ancianas vecinas, que mi mamá llamaba “las chicuelas del tango”. Este apodo se debía a que siempre contaban que por el año 1920 siendo muy jóvenes, habían ido en tren a Buenos Aires. A esta experiencia atribuían la causa de su empedernida soltería, ya que en dicho viaje habrían tomado conciencia de lo feo y rotosos que son los machos de este lado de los Andes, en comparación con los galanes porteños.

Esa tarde caí de cabeza de más de dos metros de altura y me partí la coronilla, en unos segundos mi camiseta quedo totalmente ensangrentada, y obviamente mi primera reacción fue de pánico ante la posibilidad que mi madre me viera en esas condiciones, y sintiera que el infierno se le habría de par en par y conmigo como el portero satánico. Así que mareado como estaba, no me quedo otra que esconderme por varias horas en mi refugio secreto, el entretecho del lavadero.

El golpe fue tan duro, que estuve varios años sin poder peinarme y una protuberancia muy curiosa adorno desde entonces mi cabeza. Para mi madre este cototo constituía un terrible estigma diabólico. Para mí, esta cicatriz se transformó como tantas otras a lo largo de mi niñez y juventud, en una prueba irrefutable de que había heredado la capacidad o don de salir vivo, y también de pasar las múltiples pruebas que me ponía la vida y los terribles castigos divinos que invocaba mi madre.

Como todas las cosas de la vida están llenas de bemoles y múltiples matices, es necesario que, en descargo de mi madre, señale, que con ella sucedía algo extremadamente curioso y maravilloso al mismo tiempo. En contadas, pero memorables ocasiones, no tengo claro porque conjuros mágicos, mi mamá lograba relajarse y de manera impredecible su mirada oscura y quejumbrosa, se transformaba completamente y un estado de buen humor y gracia inconmensurable la invadía de tal manera, que nos dejaba a todos en la familia boquiabiertos. Esta, situación sucedía especialmente cuando tomaba la guitarra y como ella decía:

- Vamos a afinar unos “trinaitos”, esos que me enseñó la abuela.

Efectivamente, cuando mi madre tomaba la guitarra se transfiguraba y la picardía de sus “trinaos”, encendían inmediatamente el ambiente. Mi padre rebosante de alegría procedía a brindar con lo que hubiese a mano, y a llamar a algún vecino para avivar la cueca. Y así se armaba “La Ramada”, bajo el parrón, en el patio de la casa. Sin darnos cuenta, en menos en un “santiamén”, teníamos un grupo de vecinos aplaudiendo a rabiar cada una de las interpretaciones de mi madre y también las intervenciones de mi padre, lanzando payas y adivinanzas a granel, que por supuesto, la única que podía contestar con gracia y sabiduría infinita era mi madre.

Después de un par de horas de canturreo, e irrefrenable jolgorio, siempre de súbito, mi madre por algún motivo inescrutable se recordaba que la vida no era más que un calvario ineludible. Entonces procedía a guardar la guitarra y echar a todos los concurrentes, para volver a sus abnegadas labores domésticas.

Mi padre a veces se las arreglaba para continuar con el jolgorio en el “Magallanes”, bar homónimo del club deportivo que quedaba en la esquina de nuestra cuadra. Allí la cosa se armaba de nuevo con los vecinos más animados. Una garrafa de pipeño y unos causeos bien sopeados constituían el acicate necesario, para que mi padre por enésima vez contase, como el año treinta y nueve en el sindicato de la Empresa de Transporte Colectivo del Estado, conoció al finado Pedro Aguirre Cerda, y voz en cuello con trepidante emoción dejar claro;

- El único presidente, que no le robo ni un solo peso al pueblo-, y luego comentar despacito:

- Como don tinto se fue cortado en pleno mandato.

A eso de las doce de la noche solíamos regresar a casa, yo dormitando exhausto en brazos de mi padre y el dichoso de saber que unas contundentes y respondedoras “pantruquitas”, aún humeantes, lo esperaban en el fogón de la cocina.

A si fui aprendiendo, que, hasta las contradicciones más férreas, no son más que un juego de viejos disfraces, y que se pueden templar e incluso ser fuente de infinita creatividad, para alimentar el desafiante viaje de acompañarse y quererse hasta el último suspiro, como lo supieron hacer mis padres.